

por otro motivo, á doce troyanos sobre la hoguera fúnebre de Patroclo. De la misma manera se trataba á la gente de servicio. Los Kayanos degüellan á los esclavos del que acaba de fallecer; los Milanianos de Borneo hacen lo mismo. Los Zulús matan á los criados del rey á la muerte de éste. Los negros del interior de África matan á sus eunucos para que den guardia á sus mujeres. Los negros de la Costa envenenan ó decapitan á sus criados favoritos. Pero no es esto todo: casos hay en que se inmola á los amigos del muerto. En las islas Fiji se sacrifica, cuando la muerte de un jefe, á uno de sus mejores amigos, para darle un compañero; y una costumbre análoga se encuentra también entre las sanguinarias sociedades de la África tropical.

Sin embargo, fueron los pueblos más ilustrados de América quienes tomaron mayores precauciones para disponer el bienestar de los muertos. En Méjico se degollaba al capellan de un grande para que marchara á cumplir para él, en el otro mundo, las ceremonias religiosas á que tenía por costumbre asistir en éste. Entre los Indianos de Vera Paz, nos dice Ximenes, «cuando un señor va á espirar, se mata sobre la marcha á todos los esclavos que tiene, para que le precedan y le dispongan su nueva habitacion.» Y Clavigero dice que además de sus servidores, «los Mejicanos sacrificaban algunos de sus hombres de conformacion monstruosa que el rey reunía en palacio para que le divirtieran; y con esto se quería procurarle los mismos placeres de que gozaba en vida.» Dicho se está que las prudentes precauciones que se tomaban para evitar que el difunto careciera de ninguna de las ventajas de que había disfrutado durante su vida, necesitaban grandes efusiones de sangre. Así entre los Mejicanos el número de víctimas estaba en proporcion de la importancia de los funerales, elevándose á veces, como algunos historiadores lo afirman, «hasta á doscientas;» en fin, en el Perú, cuando moría un Inca, «se inmola sobre su tumba á sus servidores y á sus concubinas favoritas, cuyo número llegaba á veces hasta á mil.»

Concebiremos mejor hasta qué punto la intensidad de la fé alimenta tales costumbres, la prueba de que las víctimas sufrían la muerte de una manera voluntaria, llegando á veces á desearla vivamente. Entre los Guaranis, en los antiguos tiempos, los guerreros fieles «se sacrificaban sobre la tumba de un jefe.» Garcilaso cuenta que las mujeres de un Inca difunto «pedían la muerte, y que su número era á menudo tan grande, que estaban obligados á intervenir los oficiales para declarar que por el momento ya había bastantes. Según Cieza, mujeres deseosas de demostrar su fidelidad, y pensando en lo mucho que se tardaría en llenar su tumba, se estrangulaban con sus propios cabellos, mu-

riendo así de sus propias manos.» Lo mismo sucedía entre los Chibchas, segun dice de Simon, «con el muerto se enterraban á las mujeres y esclavos que con más ardor deseaban hacerle compañía. En África lo mismo. Entre los Yorubans, no solo se degüella á los esclavos en los funerales de los grandes, pues que también «muchos de sus amigos se envenenan» y se les coloca en la misma tumba. En otros tiempos, en el Congo, cuando moría el rey, una docena de jóvenes se arrojaban dentro de su tumba para ser enterradas vivas con el objeto de servirle en el otro mundo. Y era tanto el ardor con que esas jóvenes se apresuraban á entrar en el servicio de su difunto príncipe que, á causa de los desesperados esfuerzos que hacían para ser cada una la primera, á veces se mataban en la lucha para conseguirlo.» Y en el Dahomey, «luego despues de la muerte del rey, sus mujeres principian por destruir todos sus muebles y todo lo que de precioso tienen, lo mismo lo que pertenece al príncipe, que lo que es de su propiedad, para darse despues mutuamente la muerte. Una vez doscientas veinte y cinco mujeres sucumbieron de esta suerte sin que pudiera impedirlo el nuevo rey (1).

Respecto de esas inmolaciones sucede que á veces tienen lugar simplemente con motivo de la muerte de algunas personas jóvenes. Kane dice que un jefe chinuk quería matar á su mujer para que fuera á hacer compañía á su hijo en el otro mundo; y en Anityum, á la muerte de un hijo querido, se estrangula á la madre, ó á la tia, ó á la abuela, para que vayan á acompañarlo en el mundo de los espíritus.

Pero lo que hará todavía más rigurosa la interpretacion que hay que dar de las costumbres sanguinarias de ese género, es que no solo se inmola en esos funerales, con ó sin su consentimiento, á personas inferiores, sino que en ciertos casos hasta personas de un rango superior se deciden á morir. No es solo en las islas Fiji donde las gentes ya avanzadas en edad son enterradas vivas por sus hijos, dando así una prueba de sumision á la costumbre; pues lo mismo existe en Vate, donde un jefe ya anciano pidió á sus hijos que le hicieran morir de igual manera.

Concebida la segunda vida al igual de la primera, así en sus necesidades

(1) Aquí tenemos la clave para comprender el origen del uso anormal que existe en ciertos reinos de Africa, donde todo se entrega al pillaje y al saqueo despues de la muerte del rey. Lo que pasa entre los Achantis, donde los parientes del rey cometen por sí mismos esos actos de destruccion, demuestra que esos excesos son ciertamente las consecuencias del pretendido deber en que están de ir á servir al rey en la otra vida.

como en sus ocupaciones y placeres, dicho se está que también se extiende la igualdad hasta á aquellas disposiciones que la caracterizan socialmente. Quiéren ver y encontrar en ella las mismas condiciones de jerarquía social y doméstica que en la tierra reinan. Algunos ejemplos bastarán á convencernos plenamente de ello.

Cook dice que los Tahitianos dividían á los muertos en dos clases semejantes á las que existen entre ellos; y Ellis repite la misma afirmación en otros términos: «Aquellos, dice, que habían sido reyes ó Ariois en este mundo, continuaban también siéndolo eternamente en el otro.» El credo de los Tongans les lleva á clasificar los muertos conforme á una jerarquía compuesta sobre la que está en vigor en sus islas. La misma cosa existe en las islas Fiji: «el espíritu del país no podría tolerar la idea» de que un jefe vaya al otro mundo sin acompañamiento. Los Chibchas piensan que en la vida futura «tendrán un cortejo de servidores, como en éste.» Lo mismo puede decirse de los pueblos montañoses de la India: el cielo de los Karenos «tiene sus amos y sus vasallos.» En fin, en el cielo de los Kukis, el espíritu del enemigo muerto por un guerrero, pasa á ser esclavo de éste. Iguales creencias encuéntrase entre las gentes africanas. Según Forbes, las creencias del Dahomey afirman que las clases permanecen, en la segunda vida, en el mismo orden que en la primera. Shooter, que describe las creencias de los Cafres, dice que suponen que las relaciones sociales permanecen, después de la muerte, las mismas que antes. Y una concepción análoga puede decirse que existe entre los negros Akkras, por cuanto afirman que durante la estación de las lluvias, sus dioses guardianes visitan la corte del dios supremo.

Que esta analogía se mantiene en las concepciones de razas más superiores, apenas si hay necesidad de decirlo. La leyenda de la genealogía de Ishtar, la Vénus Asiria, muestra que la residencia de los muertos asirios tenía, como la Asiria, un soberano despótico y empleados encargados de cobrar tributos.

La misma cosa sucede en el mundo infernal de los Griegos. Allí nos encontramos con el formidable Aides, y con su esposa Persephone, soberanos de dicho imperio; á Minos, «que da sus leyes á los muertos, y desde su trono donde permanece sentado, mientras los otros están de pié á su alrededor, oye y juzga sus cuestiones:» en fin, de Aquiles, «honrado en vida al igual de los dioses,» se decía: «ahora que has bajado entre los muertos, gozarás en medio de ellos de una gran autoridad.» Y no es solo entre los muertos donde se conservan relaciones sociales y políticas semejantes á las de los vivos, pues esto también sucede para los personajes celestes. Zeus está encima de todo, «exac-

tamente en la misma relación que un monarca absoluto está sobre una aristocracia de la que es jefe.»

La idea que los Hebreos se formaban de la otra vida, no deja de ofrecer analogías de la misma clase (1). En un principio, el muerto Sheol, bien que de una manera vaga, no significaba más que la tumba, el sitio, ó el estado del muerto, solo más adelante acaba por adquirir el sentido más definido de un sitio de desgracia para los muertos; tal es el Hades hebraico. Más tarde, por una nueva transformación, se convierte en un lugar de tormentos, la Gehena, y nos presenta el espectáculo de una cierta clase de gobierno con sus varias gradaciones. Y aunque la concepción de la vida en el cielo hebraico se complicaba á medida que la vida terrestre de los Hebreos se hacía más compleja, bien que las organizaciones que se le asignaban no tuvieran, como entre los Griegos, analogía alguna con las relaciones domésticas, sin embargo la tenían respecto de las relaciones políticas. Según opinión de autorizados comentadores, se puede admitir que hay una «corte» de seres celestes, una jerarquía de ángeles y de otras personas de rango y de funciones diferentes. Algunas veces, por ejemplo, cuando lo de Achab, se vé á Dios celebrar consejo con sus servidores, y atender su opinión. Hay también un ejército celeste dividido en legiones. Describense también la distribución de los poderes en el reino de los cielos. Hay arcángeles destinados á diversos elementos y á diversos pueblos: en eso, esos dioses emisarios tienen también analogía con los dioses inferiores del Panteón griego. La principal diferencia, además de la de su origen, está en que la autoridad que ejercen tiene un carácter más franco de delegación y que su subordinación es mucho mayor. Pero aquí también la subordinación es incompleta: se nos dice que en el cielo ocurrieron también guerras, y que los ángeles rebeldes fueron arrojados al Tártaro.

Que este paralelismo continua bajo el régimen cristiano hasta nuestros días, es cosa facilísima de probar. En 1407, Petit, profesor de teología de la Universidad de París, representaba á Dios como á un señor feudal, el cielo como un reino feudal, y á Lucifer como un vasallo rebelde. «Lucifer, decía, embaucó á una gran parte de los ángeles, y les atrajo á su opinión, es decir, que le prestarían obediencia, honor y reverencia por guisa de homenaje, como á su señor

(1) Las primeras ideas de los Hebreos sobre el estado de ultra-tumba, probablemente se parecían á las que se encuentran entre los pueblos incivilizados que, sin profesar de una manera abierta la creencia en una vida futura, les causan gran temor los espíritus de los muertos. Es seguro que los Hebreos creían en los espíritus. Primero se atribuyó una existencia temporal á los espíritus, y de esta creencia salió al fin entre los Hebreos, como entre otros pueblos, la creencia en una vida futura permanente.

y soberano, y que en nada estarían obligados á Dios, sino en todo á él á Lucifer, quien tendría su majestad igual como Dios tiene la suya, es decir, exenta de todo señorío de Dios y de toda sumisión... Cuando San Miguel descubrió sus intenciones, vino á él, y le dijo que estaba muy mal lo que hacía, etc. Movióse batalla entre ellos, y una gran parte de los ángeles estuvieron de acuerdo y al lado de Lucifer, pero del otro lado, del de San Miguel, quedáronse la mayor parte.»—Véase *Moustrelet*, lib. I, cap. 39.—Es notorio que Milton mantenía ideas análogas.

Junto con esta analogía entre los sistemas sociales de las dos vidas, conviene hacer resaltar la estrecha comunión que las une. La segunda vida se relaciona con la primera mediante un cambio de relaciones frecuente y directo. Es por esto que en Dahomey las inmolaciones que sin cesar se repiten están legitimadas por la razón «de que envían periódicamente nuevos servidores al monarca difunto en el mundo de las sombras,» y que, «todo lo que hace el rey, hasta la acción más común, ha de reportarse fielmente á su señor en el sombrío reino.» Entre los Cafres, el uso de dirigir invocaciones á los superiores se extiende hasta á aquellos que han pasado á la otra vida: «algunas veces se invoca el espíritu de un jefe muerto, para que haga bendecir á un individuo por sus antecesores.» Al lado de esos hechos se pueden citar todavía otros más extraños: las transacciones comerciales se prolongan de una á otra vida; se toma dinero prestado «en esta vida, para pagarlo en la otra con un grandísimo interés.»

Bajo este respecto, como en otros varios, las ideas de las razas civilizadas no se han separado sino de una manera lenta de las de las razas salvajes. Cuando leemos que, cuando están en guerra las tribus Amazuluas, los espíritus de los antecesores van á entrar igualmente en combate para batirse unos contra otros, esto nos recuerda los seres sobrenaturales que se mezclaban en los combates entre Griegos y Troyanos; también recordamos que los Indios creían que, «los ángeles de las naciones combatían en el cielo, cuando los pueblos cuya presidencia tenían, estaban en guerra en la tierra.» Además, hay que recordar que la fé cristiana, en su forma más amplia, implica una estrecha comunión entre los hombres de una y otra vida. El viviente ruega para la felicidad de los muertos, y se pide á los difuntos canonizados que intercedan en favor de los vivos.

No siendo en las ideas primitivas la segunda vida más que la repetición de

la primera bajo muchos aspectos, claro está que también es una repetición de la misma en la conducta, en los sentimientos y en el código ético.

Según la cosmogonía thibetana, los dioses combatían entre sí. Los dioses fijianos «son orgullosos y vengativos; hacen la guerra, se matan unos á otros, son en realidad salvajes.» Tienen á gloria el sobrenombre «de adúlteros, raptadores, come cerebros, y asesinos.» Y el espíritu del Fijiano cuando llega al otro mundo, se recomienda haciendo constar «que destruyó muchos pueblos y mató á muchos guerreros en la guerra.» La analogía que observamos entre las normas de conducta en las dos vidas, expresión tipo de la analogía que se encuentra repetida por todas partes en las primeras etapas del progreso, nos recuerda las analogías semejantes de las razas primitivas, cuyas literaturas han llegado hasta nosotros.

No se distinguen muy bien los caracteres de la vida de ultra-tumba de los Griegos bajo su aspecto ético. Pero aquellos que podemos desentrañar se parecen á los de la vida usual de los Griegos. En el Hades, Aquiles piensa en la venganza y se regocija con las relaciones de las victorias de su hijo y con la muerte de sus enemigos. Ajax conserva su cólera contra Ulises, que le venció; y se vé á la sombra de Hércules amenazar y espantar á las sombras que le rodean. En el mundo superior es la misma cosa; «la lucha en tierra no es más que una repetición de la lucha en el cielo.» Se honra á Marte con los títulos de «matador de hombres,» de «teñido de sangre.» Los celos y la venganza son pasiones dominantes. Los inmortales se engañan unos á otros; y engañan á los hombres con falsas apariciones; y entre ellos se ponen de acuerdo, como lo hicieron Zeus y Atheneo, para romper los tratados solemnemente jurados. Pronto á darse por ofendidos é implacables, se les teme tanto como el hombre primitivo temía á los demonios. El acto que no dejarían de sentir como una grave ofensa, sería el olvido de las prácticas que expresan la subordinación. Y así, en nuestros días, tenemos á los Amazulus que no temen la cólera de los antecesores sino cuando no se les ha ensalzado de una manera conveniente, ó si se les ha olvidado cuando matan bueyes. Entre los Tahitianos, «los únicos crímenes que atraían el desfavor de sus divinidades era la negligencia en el cumplimiento de ciertos ritos ó ceremonias, ó la negligencia en ofrecer los sacrificios requeridos.» El carácter tradicional de los Olímpicos consiste en ver una ofensa inesplicable en el olvido de los actos de propiación. Sin embargo, hay que notar que la brutalidad sin compensación que las leyendas de los antiguos dioses les atribuyen, se encuentra muy dulcificada en los dioses nuevos. El acuerdo que existe entre las reglas éticas de la vida actual y las que se atribuyen á los seres